

2.º Porque los religiosos, especialmente los misioneros, tienen que exponer no pocas veces su vida para cumplir la obediencia de los prelados, que por sus buenas prendas disponen de ellos para puntos en donde son á propósito; y si no tienen otros de quienes echar mano, *disponen de ellos, aunque los expongan á la muerte, porque el bien común así lo exige.*

## ARTICULO IV

*El ciego y perfecto obediente no tiene que temer el juicio de Dios.*

Teme el P. Cuadrado que el súbdito que obedece ciegamente no podrá dar á Dios razón de sus acciones, porque obra sin consejo y sin discernimiento. Esta opinión del P. Cuadrado es enteramente contraria á la doctrina del iluminado San Juan Clímaco, en el escalón 4 de su nunca bastantemente ponderada *Escala Espiritual*. He aquí las palabras de este gran Santo contemplativo, que bien merece el nombre de Doctor en la ciencia ascética y mística: «Obediencia es obra sin examen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, puerto seguro, excusa delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, navegación sin temor, camino que durmiendo se pasa. Obediencia es sepulcro de la propia voluntad y resurrección de la humildad. Porque el verdadero obediente en nada resiste, en nada discierne lo que le mandan, cuando no es claramente malo, fiándose humildemente en la discreción de su prelado. Porque el que santamente de esta manera santificare su ánima, seguramente dará razón de sí á Dios. Obediencia es resignación del propio juicio, é indiscreción no sin grande discreción.

»En el principio de este santo ejercicio, cuando se han de mortificar ó los miembros del cuerpo, ó la voluntad del ánima, hay trabajo; en el medio á veces hay trabajo, á veces des-

canso; mas en el fin hay perfecta paz, tranquilidad y mortificación de toda desordenada perturbación. Entonces se halla fatigado este bienaventurado, vivo y muerto, cuando ve que hizo su propia voluntad, temiendo siempre la carga de ella.

»Todos los que deseáis despojaros de lo que os impide para pasar esta carrera espiritual; todos los que deseáis poner el yugo de Cristo sobre vuestro cuello, y vuestras cargas sobre el de los otros; todos los que deseáis asentaros y escribíros en el libro de los siervos, para recibir por este asentamiento carta de horros, que es perpetua libertad; todos los que deseáis pasar nadando el gran mar de este mundo en hombros ajenos, sabed que hay para esto un camino breve, aunque áspero (especialmente á los principios), que es el estado de la obediencia, en la cual hay un principalísimo peligro, que es el amor y contentamiento de sí mismo, cuando á alguno le parece que es suficiente para regir y gobernar á sí mismo; y quien de éste se escapare, sepa cierto que á todas las cosas espirituales y honestas primero llegará que comience á caminar. Porque obediencia es no creer el hombre, ni fiarse de sí mismo hasta el fin de la vida, ni aún en las cosas que parezcan buenas, sin la autoridad de su pastor.»

La anterior celestial doctrina de San Juan Clímaco es la misma de todos los Santos Padres y doctores ascéticos que escribieron sobre esta materia. Tan lejos está de temer el perfecto obediente la cuenta que ha de dar al Señor por haber cumplido ciega y sencillamente lo que se le mandó por sus superiores ó confesor en cosas que no eran manifiestamente malas, que antes bien la persona muy obediente muere con entera tranquilidad.

La iluminada Doctora Santa Teresa de Jesús, en sus celestiales obras, habla admirablemente de la obediencia. Basta tomar el índice de cual-

quiera de sus obras, y leer en la palabra *obediencia* lo que dice la Santa. En una de sus cartas (es la 11) dice que por más persuadida que ella estuviese de que la revelación era de Dios, que le ordenaba alguna cosa, jamás la ponía en ejecución, si no le pareciese á quien tenía el cargo de su alma; «y nunca he entendido (son palabras de la Santa) sino que obedezca, y que no calle nada, que esto me conviene.» Bien sabido es que habiéndose realmente aparecido Jesucristo á Santa Teresa, el confesor, creyendo que era el demonio, le dijo que si otra vez se le aparecía, le hiciese higas (1); y la Santa así lo hizo, diciendo: «Perdonad, Señor, porque bien sabéis que me lo mandaron.» Entonces le dijo Jesucristo: «Me agrada, Teresa, tu obediencia; pero tu confesor se equivocó en mandarte eso.»

Alguno dirá que en un caso semejante no se debe obedecer; pero á esto respondo que una mujer ú hombre que con sencillez obedece al confesor, creyendo que obra bien, es laudable la intención de su obediencia; porque la revelación puede ser falsa, y así obra muy bien obedeciendo á aquel que está en lugar de Dios. Es verdad que en este caso el confesor se equivocó, pues la imagen de Jesucristo crucificado, aunque sea hecha por el demonio, siempre es digna de veneración; y así mueren laudablemente mártires los cristianos por no pisar la cruz que hicieron los gentiles.

De las autoridades de estos tan iluminados Santos y de todos los demás que escribieron sobre esta materia, se infiere que sería infundado y pueril el temor que tuviesen al juicio

divino los que habían ejecutado sus acciones (que no eran conocidamente malas) por esta obediencia ciega, sencilla y heroica.

San Pablo, escribiendo á los hebreos, los animaba á la obediencia y sujeción á sus superiores; y una de las razones en que se fundaba es, que éstos tenían que dar cuenta á Dios de las acciones de sus súbditos, y así éstos estaban exentos de responsabilidad. He aquí las palabras de San Pablo (ad Hebr., cap. 13, v. 17): «Obedite præpositis vestris, et subjacetis eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddenturi.»

## ARTÍCULO V

*Se prueba que el P. Cuadrado no da solución satisfactoria á las razones de los que defienden la obediencia ciega y perfecta.*

El P. Cuadrado, después de exponer las razones que tuvo por conveniente para probar que la obediencia ciega no es razonable, ni prudente, ni discreta, en la pág. 304 pasa á dar solución á las razones de los que la defienden; y, á la verdad, no deja de llamar la atención la firme aseveración con que asienta que ha demostrado lo que realmente no tiene fundamento alguno, y la ninguna importancia que da á las razones, en mi concepto solidísimas, de los Santos Padres Doctores, fundadores de las Ordenes religiosas y doctísimos escritores místicos y ascéticos, que unánimemente afirman lo contrario que el P. Cuadrado defiende. He aquí las palabras literales de dicho religioso:

«Demonstrato modo directo, quique dubitationi locum adimit, obedientiam cæcam esse indiscretam; nunc nostrum munus est, atque obligatio, objectiones quorumdam non nisi prima fronte atque apparenter graves, cum re-

(1) Hacer higas, según el Diccionario de Caballero, consiste en la acción de sacar la mano cerrada, exhibiendo el dedo pulgar por entre el dedo índice y el de corazón, por vía de escarnio, y el escarnio mismo.

*vera leves admodum sint, dissolvere.*»

En primer lugar dice que oponen los defensores de la obediencia ciega y sencilla la obediencia del patriarca Abraham, cuando Dios le mandó sacrificar á su hijo Isaac, y la de San José, cuando el ángel le dijo que llevase al Niño Dios á Egipto; pero dice el P. Cuadrado que estos argumentos no tienen fuerza, porque Abraham y San José obedecían á Dios, que es infalible, y no puede engañarse; y lo mismo San José, cuando el ángel le dijo en nombre de Dios que llevase al divino Niño á Egipto; y el P. Cuadrado concluye así: «Operæ pretium est, obedientiam, quam Deo præstare tenemur, cum ea, quam superioribus debemus, non confundere; nam iterum advertimus, diversas admodum esse, quippe quæ ad differentes spectant virtutes; prima, nimirum, ad religionem, secunda vero ad observantiam.»

A las anteriores palabras del padre Cuadrado digo, que si bien es verdad que pertenece á la observancia el obedecer á los superiores *ut sic*, pero cuando se trata de religiosos, como que han hecho *voto* de obediencia, aunque en las cosas en que no están obligados á obedecer es tan sólo un acto heroico de obediencia, cuando se obedece en aquello en que hay obligación de obedecer, la obediencia del religioso es acto de latría ó de religión, como lo prueba Santo Tomás en la 2.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, q. 88, art. 5:

«Manifestum est autem ex prædictis, quod votum est quædam promissio Deo facta; et quod promissio nihil est aliud quam ordinatio quædam ejus quod promittitur in eum cui promittitur. Unde votum est ordinatio quædam eorum quæ quis vovet in divinum cultum seu obsequium. Et sic patet quod *vovere proprie est actus latræ seu religionis:*» y en la respuesta ad 1.<sup>um</sup> añade que, áun cuando la materia del voto sea de cosa profana, pero lícita, es acto de religión por razón de la promesa, por

más que no lo sea por razón de la materia; y cuando es la materia de cosa espiritual, como ofrecer sacrificios, es acto de religión por la materia y por la promesa. He aquí las palabras del Angélico Maestro:

«Ad primum ergo dicendum, quod illud quod cadit sub voto, quandoque quidem est actus alterius virtutis, sicut jejunare, et continentiam servare; quandoque vero est actus religionis, sicut sacrificium offerre, vel orare. *Utrorumque tamen promissio Deo facta ad religionem pertinet* ratione jam dicta (in corp. art.) Unde patet quod votorum quoddam pertinet ad religionem ratione solius promissionis Deo factæ, quæ est essentia voti; quoddam etiam ratione rei promissæ, quæ est voti materia.»

Suscribo á la opinión de Santo Tomás, aunque bien sé que algunos autores se apartan de la opinión del Angélico Maestro.

Más grave es todavía lo que dice el P. Cuadrado para impugnar la obediencia ciega; esto es, que no se debe confundir la obediencia ciega que daban los Santos á los mandatos de Dios (como Abraham, Samuel, Moisés, San Andrés, San Pedro, San Pablo, etc., etc.), con la que deben los religiosos á sus prelados; pero en esto el P. Cuadrado en cierta manera socava los fundamentos de la obediencia heroica; porque al súbdito, al oír la voz de su prelado, se le figura oír la voz de Dios, fundado en las palabras de Cristo (Lucæ, cap. 10, v. 16): *Qui vos audit, me audit*; y si éste no le manda cosa conocidamente mala, obedece con la misma puntualidad que si el mismo Dios se lo ordenase.

El Padre San Bernardo dice así (*De præcept. et dispensat.*, cap. 12): «Quidquid vice Dei præcipit homo, quod non sit tamen certum displicere Deo, *haud secus omnino accipiendum est, quam si præcipiat Deus.*» Reflexiónese bien sobre el adverbio *omnino*.

Pero como se trata de una materia

tan importante, voy á transcribir literalmente las palabras del gran Padre San Basilio (*Constitutiones Monasticæ*, cap. 19). Dice así: «Oportet igitur in primis eum qui ad ejusmodi vivendi genus accedit, «stabilem, firmum, et immobilem animum habere, ac propositum ejusmodi, quod nequitia spiritus invadere ac mutare non possint, itemque «martyrum constantiam firmitate animi usque ad mortem ostendere, sicut et Dei mandata amplectatur, et «magistris suis obtemperet. Hæc enim «hujus instituti summa est.» Quemadmodum enim Deus, qui pater omnium et est, et vocari vult, obedientiam integerrimam a suis servis exigit; *ita quoquo inter homines spiritalis pater, ad Dei leges præscripta sua accommodans, obedientiam requirit disceptationis contentionisque expertem.*»

Después San Basilio, en el cap. 22, números 2 y 3 (*de obedientia uberius*), dice así: «*Imitanda est autem maxime Sanctorum obedientia, quam Deo exhibuerunt*, si, idoneo hoc exemplo ad exequendum nostrum propositum utentes, *obedientiam rite præstare velimus.* Neque vero existimet quisquam, me obedientiam præfectis debitam stabilire volentem, exempla sublimiora proferre, aut debitæ Deo obedientia obedientiam hominibus reddendam *arroganter comparare audere:* non enim proprio marte, *sed ipsis divinis Scripturis inductus, hanc adhibui comparisonem.* Animadvertente enim quid dicat Dominus in Evangeliiis, ubi de obedientia servis suis reddenda legem ponit: *Qui recipit vos, me recipit.* Et iterum alio in loco: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* Quod autem Apostolis dixit, *id ab ipso de omnibus post eos moderamen habituris statum fuisse; ex multis et indubitatis Sacræ Scripturæ testimoniis evidentissimisque argumentis probari potest.* Quamobrem fuimus nos etiam convenienter divinis oraculis loquuti,

*cum diximus nos Sanctorum erga Deum obedientiam nostræ erga præfectos obedientia exemplar nobis ipsis proponere oportere.*»

El Padre San Basilio refiere en compendio las tribulaciones, persecuciones y pruebas durísimas á que Dios sujetó al patriarca Abraham, y la obediencia, paciencia y sumisión de este héroe del Antiguo Testamento; y á continuación dice este Santo Padre (núm. 3): «*Vides ascetam perfectissimum, et cujuscumque felicitatis mundanæ contemptorem, Dei causa?*»

En el núm. 5 añade: «*Quemadmodum enim faber lignarius aut domorum ædificatur unoquoque artis instrumento utitur ad suum arbitrium, nec unquam dicet instrumentum non inserviturum se ei usui ad quem illud adhibet artifex, sed moderatoris cedit manui; sic convenit ascetam, velut instrumentum quoddam utile artifici ad ædificandum spirituale perficiendum, in omnibus obedire in quibus ejus ministerium præfectus judicavit bonum ac laudabile, ne si suam ipsius operam non contulerit, spiritualis operis perfectionem corrumpat. Et ut instrumentum non sibi ipsi deligit quod faciendum est ad artem juvandam, *ita operæ pretium est ascetam non sibi ipsi opera deligere, sed institutionem sui prudentiæ ac gubernationi artificis permittere.* Novit enim qui prudenter præest uniuscujusque et mores, et affectus, et animi motus diligenter exquirere, et ad hæc suum etiam ministerium in unoquoque accommodare. Quocirca nullomodo est ejus statutis adversandum, sed pro certo credendum rem omnium esse difficilissimam semetipsum cognoscere ac curare, propterea quod ingenitus est hominibus sui amor, et quilibet quædam erga semetipsum propensione veritatis judicium eludat: at vero ab alio et cognosci et curari facile est, cum in his qui cæteros judicant, vitiosus ille sui ipsorum amor ad verita-*

tem discernendam nequaquam obstet. Stante enim in ascetarum conventu hac voluntatum consensione, nullo negotio et pax inter ipsos diversabitur, et salus cum charitate atque concordia omnium acquiratur.»

Reflexiónense bien las anteriores palabras del gran Padre San Basilio, y se verá con cuán poco fundamento dice el P. Cuadrado que es imprudente é irrazonable renunciar á su propia razón y juicio para someterse ciegamente á la prudencia y juicio de su superior. No, no es imprudencia; lo que es, sí, un sacrificio duro para nuestro orgullo y soberbia: es el más grande sacrificio que el hombre puede hacer; y de este apego á nuestra propia voluntad y juicio tienen origen los espantosos desórdenes y anarquía en que se encuentra el mundo. Esa malhadada y mal entendida libertad de pensar y juzgar cada uno lo que se le antoja, y no querer sujetarse al juicio y voluntad de los legítimos superiores, es una herencia que nos dejó Lucifer, cuando dijo: *Cur præcepit vobis Deus, etc.*: este libre examen es hijo legítimo del protestantismo, es la soberbia encarnada; y para desterrarla del mundo nos dijo el Espíritu Santo, en el cap. 3 de los Proverbios, versículos 5 y 7: *Ne innitaris prudentiæ tuæ; ne sis sapiens apud te ipsum;* y la razón es, porque es vana la sabiduría que no tiene por apoyo la humildad, y de ésta es hija legítima la obediencia.

Después el P. Cuadrado se opone á sí mismo el siguiente argumento: «Secundo nobis opponitur pro obedientia, quam instar irrationabilis, ut dicunt, nullus audet affirmare; ac Lacordairium erga præfactam obedientiam eloquentem orationem protulisse.»

El P. Cuadrado, en la respuesta que da á lo que dice el P. Lacordaire, dice algunas cosas de las cuales yo me desentiendo, porque no

vienen al asunto presente; tan sólo me concretaré á probar lo que impugna, á saber, que la obediencia militar no es ciega. Dice así:

«Cujus causa est, scilicet, non apparere militares seu militiæ deditos in eo quod illis actu intimatur immorari; sed hoc quod *apparenter cæce* exequuntur, jam prius cognitum habent: subalterni duces ex instructione in re militari ab ipsis suscepta, et quoniam norunt legalem justitiam ab eis requirere ut tradant animas suas, si opus fuerit, locum eis assignatum non deserendo; milites autem, quoniam illorum immediati centuriones ipsorum etiam vitas discrimini committunt, ac illi satis bene noscunt hos temere seu absque causa non ita se fuisse habituros. Centurio, ait supremus militiæ dux, vade in illum locum una cum gente tibi commissa, ibique mortem sustineto. Vado utique, respondet centurio; quasi diceret: vado, o dux, quoniam video atque prævidi actuales circumstantias a me exigere hoc sacrificium. Eamus, ajunt quoque milites, si quidem pergit præfectus noster vitamque exponit suam; id nobis sufficiat ad cognoscendum rationabile justumque esse ut moriamur.»

El P. Cuadrado dice muy bien en el raciocinio que hace de la obediencia militar, y áun pudiera muy bien añadir que la ordenanza que se lee á los soldados desde que entran en las filas del ejército, y en la que deben estar mejor informados los jefes y generales, les enseña esta obediencia, que, por más que lo repugne este Padre, es ciega y muy ciega; porque al subalterno no le toca examinar por qué se le manda, sino hacer lo que se le manda, aunque pierda la vida.

Pues bien; el religioso sabe, ó debe saber, pues se le enseña en el noviciado y lo aprende mucho mejor después, que la perfección de la obediencia consiste en ejecutar lo que se

le manda sin investigar por qué se le manda, ni la *conveniencia* del mandato: con la diferencia de que la obediencia del religioso *no obliga* con tanta universalidad como la del militar; porque aquélla, si bien es *perfecta* cuando es ciega, si no se le manda cosa conocidamente pecaminosa, pero no es obligatoria cuando se le manda más de aquello á que está obligado por su profesión, como con Santo Tomás dicen todos los teólogos. He aquí las palabras del Angélico (2.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, q. 104, art. 5 ad 3.<sup>um</sup>):

«Ad tertium dicendum, quod religiosi obedientiam profitentur quantum ad regularem conversationem, secundum quam suis prælati subduntur; et ideo quantum ad illa sola obedire tenentur quæ possunt ad regularem conversationem pertinere; et hæc est obedientia sufficiens ad salutem, quæ, scilicet, obedit in his ad quæ obligatur; alia *perfecta*, quæ obedit in omnibus licitis; alia *indiscreta*, quæ etiam in illicitis obedit.»

De modo que, cuando yo tanto encarezco la obediencia ciega, no quiero decir que sea obligatoria en todas las cosas buenas, sino que es más perfecta que la que escudriña lo que le mandan, ó la razón por qué se lo mandan: el que obedece con buena voluntad en las cosas en que está obligado, tiene el segundo grado de la obediencia, y da á Dios su voluntad; pero el que obedece ciegamente en todas las cosas lícitas, tiene el tercer grado de la obediencia, que es más perfecto, porque ofrece á Dios su voluntad y su entendimiento.

El venerable y doctísimo P. Fray Luis de Granada, en el lib. 6, *Compendio de la doctrina espiritual*, hacia el fin del cap. 37, dice así: «El quinto grado es obedecer á aquellos que están en lugar de Dios, como á ministros y vicarios suyos, en todo lo que nos mandaren, acordándonos que está escrito: *Quien á vosotros oye,*

*á mí oye; y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia.* En la cual obediencia ponen tres grados: entre los cuales el primero es obedecer con sola la obra exterior, sin consentimiento de voluntad ni aprobación del entendimiento; el segundo obedecer con la obra y con la voluntad; el tercero con la obra y con voluntad y entendimiento, que es el más subido grado de la obediencia, el cual no se puede hallar sin grande humildad, resignación y *discreción*;» y por consiguiente, sin grande discreción.

## ARTÍCULO VI

*La obediencia ciega ó perfecta está recomendada por muchos ilustres y santos Fundadores de Ordenes religiosas.*

Dejando aparte algunas otras cosas que dice el P. Cuadrado, por no ser de importancia, por último se opone á sí mismo el siguiente argumento de los defensores de la obediencia ciega, y dice así:

«Denique insistitur dicendo obedientiam cæcam præclarorum admodum Ordinum religiosorum fundatorum delicias efformasse; nempe, S. Benedicti, S. Francisci, S. Ignatii; qui omnes in constitutionibus suis *solemniter ab Ecclesia approbatis obedientiam cæcam commendarunt.* Utinam ergo, concluditur, ad hoc quod communior evaderet, perveniret, atque etiam universalior. Verum, deficiente amore, deficit et obedientia;» á lo cual el P. Cuadrado responde así:

«Respondemus, pariterque interrogamus: Quomodo nulla hic mentio de præclarissimo fundatore *cunctorum* religiosorum Ordinum? Cur nihil dicitur de eo fundatorum typo, cujus apostolicam regulam valde magna cum veneratione tot instituti religiosi susceperunt, inter illos perillustri Ordo Sancti Dominici? Quid est quod præmittitur fundator simulque maximus Ecclesiæ Doctorum, pater gra-

tia, malleus hæreticorum, cujus duris ictibus adeo lethaliter percussæ sunt hæreses, ut vix per unum dumtaxat sæculum cum dimidio supervivere valuerint? Quare hic *nullum fit verbum* de inclyto fundatore, cujus filii absque ulla interruptione existunt jam a quatuordecim ab hinc sæculis et ultra? Ac, quid est quod *oblivione traditur* S. Bernardus fundator, quique Ecclesiæ Pater atque Doctor? Et, quam ob causam *in mentem venire cuique non deberet doctrina Angelici Magistri Sancti Thomæ Aquinatis*, fidelissimi M. P. N. discipuli, cujus admirabilis sapientia orationi potius quam studio tribuenda est? Porro, ut notum est, atque nos jam ante vidimus, neque Doctores hi inclyti, neque alii viri sancti, sapientes innumeri *obedientiam cæcam sustinuerunt*; illam sane obedientiam, quam volunt quidam universalem fieri, licet animam usu nobilissimæ ipsius facultatis privet a Deo homini concessæ. Et quid? hi viri sapientes, hi sancti Doctores quos inuimus, virtute, perfectione, sanctitate, Sanctis fundatoribus, de quibus in objectione, erunt inferiores? Fortassis sapientia? Nunquid prudentia? Necessarium est ergo omnino pro solutione directa affirmare, obedientiam, quam commendabant illi Sancti fundatores in instantia adducti, cæcam non fuisse nisi sensu improprio, neque erat obedientia illa haud proprio intellectuali uniuscujusque lumine destituta, sed minus clara, ac minus discreta; tum quia erant bene multi, sicut et modo scrupulosi non pauci, qui in multis, sive in plerisque, non nisi alieno judicio dirigi possunt: tum etiam, quoniam ad exercendos in casibus obviis frequentibus atque non magni momenti perfectos obedientiæ actus multoties non attendebant, vel cognoscendo pares non erant supradicti subditi an illi perfecti actus in regula continerentur necne; satis sibi esse arbitantes apud Deum non parum ipsos mereri; quamvis ma-

*horis fuissent meriti, si non raro ad obediendum consuluissent, utpote potiori prudentia præditi, sine qua nulla alia virtus datur, neque dari potest in moralibus, cum illa juxta Divum Thomam sit rationis bonum.*

Notables son, por cierto, las palabras del P. Cuadrado; porque si la obediencia ciega está tan recomendada en las constituciones aprobadas solemnemente por la Iglesia, y dictadas por los ilustres fundadores San Benito, San Francisco y San Ignacio, no veo yo cómo sin temeridad pueda impugnarse la obediencia ciega, tan recomendada en las reglas y constituciones de estas Ordenes esclarecidas.

El doctísimo Suárez (*De religione*, lib. 2, cap. 17, núm. 18) asienta esta proposición: «Omnino sentiendum et dicendum est non posse errare Pontificem in approbatione religionis quoad judicium de honestate et sufficientia talis modi vivendi, ut sit status perfectionis adquirendæ, seu religionis;» y añade poco después: «Denique ratio est, quia Pontifex errare non potest in his quæ ad mores pertinent, cum gravi detrimento universalis Ecclesiæ: talis autem esset prædictus error; quia, licet non tota Ecclesia observet modum vivendi unius religionis approbatæ, nihilominus talis religio pro universa Ecclesia approbatur, et omnibus fidelibus proponitur ut via segura non solum ad salutem, sed etiam ad perfectionem: ergo error in tali approbatione in universalis Ecclesiæ perniciem, quantum in se est, redundaret.»

Se equivoca el P. Cuadrado en decir que estos Santos fundadores no recomendaron la obediencia *propia-mente* ciega, de que estamos tratando, esto es, de la obediencia en que el súbdito renuncia, no solamente su voluntad, sino también su entendimiento, cuando las cosas que se le mandan no son *manifestamente* pecaminosas. Voy á citar las palabras del Doctor San Ligorio sobre esta materia. Después de afirmar que, aunque

el prelado mande una cosa que sea dudosamente mala, *si no hay certeza* de que lo sea, el súbdito debe obedecer, añade (lib. 4, núm. 47): «Idem confirmat Sanctus Bernardus (*De præcept. et dispensat.*, cap. 11), ubi: Quidquid vice Dei præcipit homo, quod non sit tamen certum displicere Deo, haud secus omnino accipiendum est, quam si præcipiat Deus. Ipse enim Christus Dominus dixit: Qui vos audit, me audit (Lucæ, 10, 16); et Apost. (Hebr., 15, 17): «Obedite præpositis vestris, et subjacete eis.» Item in constitutionibus Societatis Jesu sic Sanctus Ignatius præscripsit: Obediendum in omnibus, ubi peccatum non cernitur, id est (ut in declarat.), in quibus nullum manifestum est peccatum. Sic pariter habetur in regula Fratrum Minorum, cap. 10, apud Elbel: Obediendum in omnibus quæ non sunt contraria animæ et regulæ. Idem B. Humbertus in lib. *De Erud. Relig.*, cap. 1, ubi: Nisi aperte sit malum quod præcipitur, accipiendum est ac si a Deo præciperetur. Idem B. Dionysius Carthusianus, in 2, dist. 39, q. 3, scripsit: In dubiis an sit contra præceptum Dei, standum est præcepto prælati; quia etsi contra Deum, attamen propter obedientiæ bonum non peccat subditus. Et idem docuit prius Sanctus Bonaventura in *Spec. Disc.*, cap. 4.»

El P. Cuadrado no se satisface con las reglas y constituciones de San Benito, San Francisco y San Ignacio de Loyola, que recomiendan la obediencia ciega; pero voy á citar un pasaje de San Ligorio, que prueba que no se pueden impugnar las reglas y constituciones de las Ordenes religiosas que tienen aprobación del Papa. Las constituciones de la Compañía de Jesús (al menos cuando no hay certeza de la enmienda del que delinquiró, y de que no hay peligro de recaída) renunciaron el orden de la corrección fraterna, y así puede hacerse la denuncia al prelado sin corregir al

súbdito; y esto es lícito, porque el que abraza este instituto, abraza esta constitución, y renuncia á su fama.

Esta constitución fué impugnada fuertemente por algunos escritores; mas San Ligorio (lib. 4, núm. 245) defiende la constitución de los Jesuitas, y después de poner en su favor la doctrina de Santo Tomás (2.<sup>a</sup> 2.<sup>æ</sup>, q. 73, art. 4 ad 1.<sup>um</sup>), que dice: «Sui arbitrii est (religiosus) detrimentum suæ famæ pati, nisi hoc vergat in periculum aliorum,» añade:

«His tamen non obstantibus, prima sententia omnino ut vera tenenda mihi videtur. Ratio, quæ mihi sufficit, est, quia in Societate Jesu adest constitutio hujusmodi renuntiationis, et ipsa fuit approbata a Paulo III et Julio III (ut testatur Pal., loc. cit.), qui approbarunt et confirmarunt institutum et constitutiones præfatæ Societatis, et præcipue eas quæ contradictiones patiebantur. Immo Gregorius XIII (nótense bien estas palabras) in bulla *Ascendente Domino* addit excommunicationem contra tales constitutiones impugnantes (1). Unde *insipienter* puto locutum fuisse *Philiarchum*, qui notam impietatis inurit huic constitutioni renuntiationis Societatis Jesu; cum Ecclesia non possit errare in approbatione religionum et suarum regularum, ut docent Bellarminus, Valentia, etc., apud Viva. Earum enim approbatio spectat ad materiam morum, in qua saltem *impium et temerarium* est dicere Pontificem posse errare, juxta nostram dissertationem adductam lib. 1, ex num. 110» (2).

(1) Esta excomuni6n está puesta *generalmente*, y, por lo tanto, como no se halla en la constituci6n *Apostolica Sedis* de Pío IX ni en el Tridentino, ha dejado de existir, si bien está vigente la prohibici6n de impugnar las constituciones de los Jesuitas aprobadas por el Papa; porque sabido es que el Papa quit6 algunas censuras, pero no el precepto que las acompaaba.

(2) Así hablaba el Doctor San Ligorio